

“Felices los que trabajan por la paz”

Paradójicamente podríamos proclamar “felices”, plenamente realizados, a todos los que a los ojos del mundo son considerados perdedores o desafortunados: los humildes, los afligidos, los misericordiosos, los que tienen hambre y sed de justicia, los puros de corazón, los que trabajan por la paz.

En ellos, por el amor, se cumplen grandes promesas: serán saciados y consolados, heredarán la tierra y su plenitud y prosperidad. Se trata de una verdadera revolución cultural, que trastorna nuestra visión a menudo cerrada y miope, según la cual estas categorías de personas son marginales e insignificantes en la lucha por el poder y el éxito.

Felices los que trabajan por la paz

La paz es fruto del amor y, por lo tanto, otro rostro de la fraternidad universal. Se trata de una característica del amor a la humanidad y a todo lo existente con espíritu de concordia y armonía. Por ello, quienes abogan por la paz muestran una cierta “similitud”.

Escribe Chiara Lubich: *“Puede ser portador de paz quien la posee en sí mismo. Es necesario ser portadores de paz ante todo con nuestro comportamiento de cada instante, viviendo acorde al amor y a la propia conciencia...”* Los operadores de paz manifiestan su parentesco en el amor.

Vivir en paz no es simplemente ausencia de conflicto; tampoco es una vida sosegada, con un cierto compromiso con los valores para ser siempre aceptados, sino que es un estilo de vida exquisito que requiere la valentía de hacer opciones a contracorriente.

Trabajar por la paz es sobre todo crear ocasiones de reconciliación en la vida de uno mismo y de los demás, en todos los niveles: con quienes tenemos cerca, en la familia, en el trabajo, en clase, y en las asociaciones, en las relaciones sociales e internacionales. O sea, es un modo decisivo de amor al prójimo, una gran obra de misericordia que sana todas las relaciones.

Felices los que trabajan por la paz

En este tiempo es particularmente urgente promover el diálogo y el encuentro entre personas y grupos diversos por su historia, tradiciones culturales o puntos de vista, y así mostrar aprecio y acoger la variedad y riqueza que supone.

Podremos también esforzarnos por conocer los brotes de paz y de fraternidad que hacen que nuestras ciudades sean más abiertas y humanas. Cuidemos esas iniciativas y ayudémoslas a crecer; será una contribución para curar de las fracturas y los conflictos que las invaden.